

DIÁLOGO SOBRE EL INFINITO*

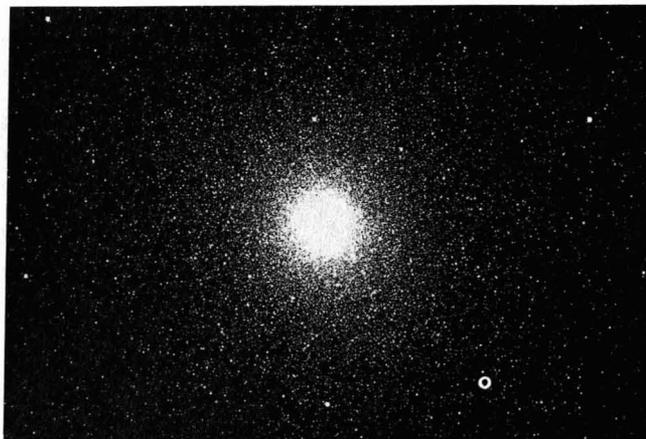
Zaytun:** Un día, hombres que escudriñaban el fondo de la tierra, en busca de los orígenes, vinieron del norte hacia nosotros para hablarnos de un descubrimiento suyo. Lo llamaban "la piedra de luna". Sobre ella, un hombre que vivía en las cuevas, hace miles de años, había grabado el recorrido de la luna. Noche tras noche, durante un año o más, se había sentado a la intemperie para seguirla; observaba y grababa. ¿Cuál era su necesidad? Ninguna. No conocía aún el cultivo de la tierra para depender de los humores del cielo, como en el caso del Calendario de Córdoba. Entonces ¿para qué lo hizo? Si no es por algo más profundo que se encontraba en él y que no dependía de utilidad alguna, aquello que gobierna a algunos hombres desde los principios de los tiempos, aquello que hace de la ambición del saber la más noble de sus características, más allá de la búsqueda del poder, y mucho más allá que la adoración: somos el espejo de Dios. En nosotros está y, por ello, buscamos el conocimiento. [...]

Maimónides: ...la astronomía nos da amplitud para mejor mirar al mundo, la medicina liquida la distancia para llevarnos a ejercer la bondad. [...] El precio de esta cercanía ha sido, para mí, terriblemente alto.

Zaytun: No creo que Abul Walid se haya jamás preocupado por calcular los precios de sus opciones. Las tomaba y, si resultaban caras, las pagaba. ¿Cuándo entenderás, mi amigo, que él no estaba interesado? Estaba simplemente despegado, no por despreocupación sino por alejamiento. Su acceso a la ciencia del cielo es el reflejo de esta lejanía. No tuvo la complejidad de su llegada a la medicina. Sin ser astrónomo, comenzó por practicar, solo, la observación de las estrellas. Cuando, en 1153, su primer viaje oficial lo llevó a Marrakech, descubrió un cielo más puro y más adecuado para el estu-

dio de los astros. Pero, aunque siempre haya convocado a la observación práctica, él gozaba con la teoría contenida en los libros. Había leído, en Aristóteles, que todo lo celeste se movía natural y necesariamente en círculo: debía entonces existir un cuerpo no celeste que ocupara el centro de este movimiento. Luego leyó a Ibn Bajja, quien fue el primero en atacar la doctrina de los epiciclos. Su maestro mismo, Ibn Tufayl, había condenado a los excéntricos. Así que él retomó sus principios y agregó a ellos la demostración de la existencia de los cuatro elementos.

Maimónides: Yo he llegado al estudio de las leyes del cielo porque pensé que éste era un ordenamiento divino y que aquel que puede escrutar los planetas y no lo hace, desprecia la Obra. Se conocían, en astronomía, los globos del cielo en cobre y plata, las esferas armillas, los astrolabios planos y semi-esféricos, los espejos de metal pulido. Pero la gente mezclaba la ciencia y la imaginación. Pretendía leer en el cielo su pasado y su futuro, y muchos astrónomos se dejaban llevar a estos menesteres populares por debilidad en su conocimiento o por el amor del dinero, ya que se ganaba mucho más pretendiendo que sabiendo. Yo sabía que entre la digni-



Cúmulo globular en la constelación del Tucán. Cada punto es una estrella

* Fragmento del libro *El espíritu de Córdoba*, en el que discuten el filósofo judío Maimónides y el filósofo árabe Averroes. Siglo XII, Andalucía.

** Zaytun es el espíritu de Averroes. Averroes es Abul Walid Ibn Rushd. Maimónides es Moisés Ibn Ubayd Allah.

dad de la astronomía, y la superstición loca y la demencia del delirio astral, no había encuentro alguno. Amé el orden del cielo y mis primeros tratados fueron de lógica y de astronomía. Repudiaba con ellos —como filósofo y como científico— a la astrología. Nada, en las concesiones de la inteligencia, podía aceptar la existencia de astros benéficos o maléficos: la calidad de las esferas celestes es siempre la misma, y si no lo es, ello depende de la inestabilidad de la materia, no de las fechas de nacimientos de los individuos. Aserciones mentirosas son aquellas que dotan de vicio o de virtud y empujan a cometer acciones por la fuerza de los astros. Y si estas futilidades son ciertas, entonces, ¿cuál sería la utilidad de enseñar y estudiar, construir, empeñarse, rodear los peligros? Pretender que todo está determinado es contrario al conocimiento intelectual, o a la observación y, más que todo, destruiría la fortaleza de la ley.

Zaytun: Vuelves a la ley, Moisés, y todo lo que no cabe en ella no cabe en tu mundo. No quiero defender la irracionalidad. Sólo digo que, de todo lo que hay en el cielo, nadie sabe nada, excepto las pocas cosas que demuestran las matemáticas. Este cielo que hemos medido con palmos y codos tiene más misterios que órdenes. Cabe en él la sorpresa.

Maimónides: Leí las obras y las enseñé, desde el *Almagesto* hasta las tablas astronómicas de Ibn Aflah, que corregí con Ibn Aknin y el Istikmal matemático de Ibn Hud. En este trabajo común, hecho de orden y de secuencia, he sentido una gran alegría hacia el alumno que compartía mi trabajo y mi enseñanza, y hacia las leyes que confirmaba.

Zaytun: Lo sé. Ya hemos dicho que en ésta, más que en todas, la ciencia de lo inmenso, hay una excepción de placer y de angustia, parecida al gozo último de la vida en las fronteras de la muerte, y no te culpo. Más allá de la pasión de los hombres por el poder o por los demás humanos, el conocimiento del cielo es portador de alegría y de admiración. Pero, en el orden del cielo,

cabe también el desorden. Tu seguridad es limitadora. Tienes demasiada estima para tus propios logros científicos, que no consideras en nada inferiores. Dime, ¿acaso ha habido un solo filósofo cuyo aporte a la astronomía haya sido realmente importante?

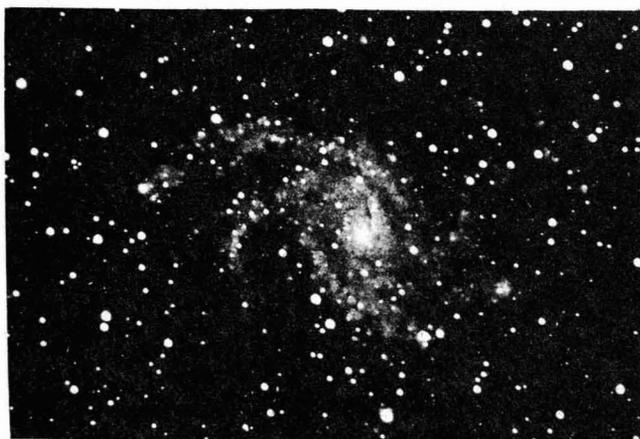
Maimónides: Todos fueron irresistiblemente atraídos por la reina de las ciencias. Todos han hecho astronomía.

Zaytun: No, todos se han interesado, se han acercado, han frecuentado la astronomía. Su aporte real fue prácticamente nulo en el nivel de los descubrimientos. ¿Por qué la querían entonces? Porque les permitía justamente esta distancia necesaria a la sabiduría, que llevaba a dar a cada cosa el lugar que le corresponde, y acceder así a la compasión. Has hablado de tu interés por los hombres. Pero los hombres no son interesantes, tampoco son amables. Si ésta fuera tu relación con ellos, los dejarías a su suerte y a su desgracia al descubrir qué tan poco valen tu interés y tu amor. La compasión no escoge, no pone condiciones, los toma a todos por igual: tontos y sabios, mercedores y perversos. Ahí están. Su presencia no era fatal. Podían no haber existido jamás. Pequeños insectos sin importancia, son hijos del azar. No eran necesarios. Pero ahí están y habrá que ocuparse de ellos, por justicia y por compasión. Para ello la distancia que da la astronomía: no la estudiamos para competir con aquellos que han apostado su vida sobre ella. No tenemos más vida que ellos y buena parte ya está hipotecada por la filosofía. Pero estudiamos la astronomía por necesidad filosófica. Lo demás es pretensión...

Maimónides: Entonces he pretendido. Cuando el mayor astrónomo y matemático de nuestra isla, Jabir Ibn Aflah, escribió su *Reforma del Almagesto*, eran los principios del siglo. Tuvo como alumno a un joven de nuestra casa, llamado Yusef Ibn Simón, quien fue perseguido más tarde por el régimen de los almohades. Huyó, pero no sin llevar con él el precioso libro. Llegando a Egipto, me lo entregó para corregirlo. Lo que hice. Así fue como pude difundir sus opiniones aquí, en Oriente, entre mis alumnos. Pero ni las críticas de Ibn Aflah, ni mis comentarios, donde ambos hemos tratado de recuperar la física de Aristóteles, pudieron dar lugar a la elaboración de un nuevo modelo astronómico.

Zaytun: Lo sé. También Ibn Rushd, en su juventud, había esperado ser el que realizara la gran reforma de la astronomía. Pero sólo acabó enunciando principios. En su resumen del *Almagesto*, se contentó con presentar los teoremas más indispensables. ¿Acaso algo le molestaba en la reflexión del viejo griego? Pensaba que los textos de Aristóteles que nos han llegado pudieron haber sido copiados con negligencia. Su descripción de la realidad sería correcta, y los errores debidos a los subalternos.

Maimónides: En él, pesó Aristóteles como sobre mí pesó Dios. Su libertad hubiera sido más grande si no pecara por falta de ignorancia.

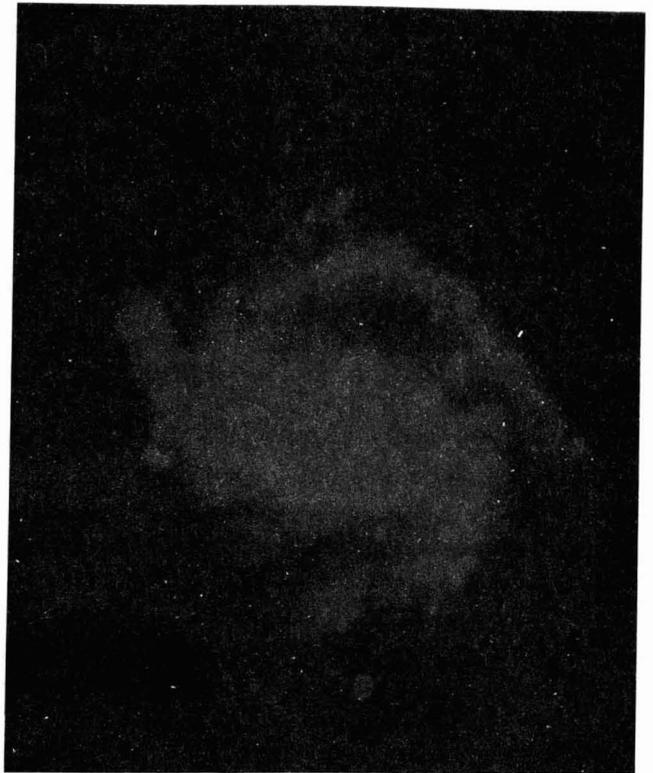


Galaxia espiral en la constelación de Cefeo.

Zaytun: Sí y no. Su *Pequeño comentario del tratado del cielo*, escrito en 1159, fue libre en relación con su texto de referencia. En él, procedió a demostraciones diferentes de las de Aristóteles. Al igual que él, no admitía una creación que partiera de la nada. El cielo era, según él, un ser animado y orgánico, que no nace ni perece, y cuya materia misma era superior a las cosas sublunares. Esta materia comunica el movimiento que le viene de la causa primera. Es eterna, y es la facultad de ser todo, a través de la forma que le viene desde fuera. En cuanto a esta forma, creía que estaba contenida virtualmente en la materia.

Maimónides: Comparto esta idea. Todo lo que existe, en este mundo, está construido por materia y forma. La materia es una posibilidad. La forma es lo que caracteriza cada cosa. La muerte es la privación de la forma. La destrucción es la privación de la forma. Toda corrupción o imperfección sólo tiene por causa la materia. Todos los errores sólo tienen por causa la materia. Sus virtudes vienen de su forma. Ésta modera su pasión y su ira, reflexiona sobre lo que hay que hacer y lo que hay que evitar. La pasión, el amor, la ira, los vicios, son los efectos de su materia.

Zaytun: Has ido muy lejos, mi amigo, en esta reflexión tuya, porque eres, tú también, al igual que él, más filósofo que astrónomo. Pero ¿cómo comparar? Vislumbro un tiempo que haría de los astrónomos unos técnicos, unos plomeros del cielo, y de los filósofos unos habladores ignorantes. Nuestro tiempo, por suerte, no ha llegado a esta locura. Los conocimientos astronómicos fundadores de Abul Walid están contenidos en este breviario del *Almagesto*. En él seguía al sistema de Tolomeo. En su comentario sobre la *Metafísica*, atacó otra vez las hipótesis relativas a los excéntricos y los epiciclos, compartiendo, como te lo dije, las opiniones de Ibn Tufayl. Pero no substituyó a los excéntricos y los epiciclos por otra cosa. Decía que la astronomía de su tiempo era exacta para los cálculos, pero no lo era para el verdadero estado de las cosas. Lamentó no haber podido escribir un trabajo especial sobre este tema, como se lo había propuesto. Lamentó su falta de tiempo, jamás su incapacidad. Mientras tanto, si bien no dio más y mejores leyes al cielo, había descubierto que la teoría podía ser justa, sin que fuera posible su aplicación práctica. Para él, el problema era, ante todo, la posibilidad de un mecanismo. ¿Cómo substituir la representación exacta de la realidad por la traducción geométrica de la estructura y de los movimientos del Universo? Admitía que el movimiento se comunicaba a todas las partes del Universo hasta el mundo sub-lunar. Pero ¿cómo? No pudo ir más lejos. El exceso de trabajo oficial lo hizo dejar la



Galaxia espiral M61 en la constelación de Virgo.

observación del cielo. Así que se acercó al texto de Aristóteles y empezó a tratar de darle una apariencia demostrativa en su *Comentario Medio*, escrito en Sevilla, en el año 1171. El *Gran Comentario* siguió 17 años más tarde. Estaba aún más cercano del texto matriz, el *Tratado del cielo*. Su insistencia sobre los aspectos demostrativos lo llevó a tocar otros temas además de la obra de Aristóteles. La realidad del cielo había quedado atrás. Abul Walid privilegiaba, a sus expensas, el sistema. Llegaba incluso a crearlo artificialmente.

No le molestaba la ideología sino la ignorancia de su tiempo. Si todos los fenómenos celestes debían ser obligatoriamente explicados, pero ya que no existían aún los instrumentos necesarios para su conocimiento, ¿qué hacer? Ésta era una actitud de filósofo, no de astrónomo; la lucha entre filósofos y astrónomos no era una cuestión de competencia científica. Ésta podía ser igual en ambos. Tampoco se debía a una diferencia de grados en la investigación: era una oposición entre unos técnicos que disponían de un esquema explicativo y que se contentaban con perfeccionarlo matemáticamente y detallarlo, y unos pensadores acostumbrados a meditar sobre los principios y las hipótesis, capaces —a veces— de inventar otros radicalmente nuevos, pero sometidos, en todo caso, a la ley de la autoridad, no a la ley de la experiencia.

Maimónides: Más fácil nos ha resultado ser la matemática. ■